

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 " " 1 " "
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis
los unos á los otros como Yo os he
amado.»

(Jesucristo á sus discipulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la local-
idad en la librería «La Escolar,» Corrida 73,
y en el comercio «La Epoca» San Bernardo
38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor
Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

«EL AMIGO DEL POBRE»

como católico, apostólico y roma-
no que se gloria en ser, y que sólo
en la Religión de Cristo y en los
beneméritos miembros de las Or-
denes Religiosas ve á los verda-
deros amigos de los que sufren,
de los desvalidos, llevándoles á la
vez que el bien á sus almas el
bienestar á sus cuerpos, **protesta**
contra esas leyes absurdas é im-
pias que desean trastornarlo todo
y arruinar nuestra querida patria.

Si la infame Masonería, consu-
mada su inicua obra en Francia,
ha pensado hacer lo mismo en esta
tierra predilecta de María Santi-
sima, y para ello trabaja ya á la
luz del día, obligando á los actos
más contraproducentes á sus es-
clavos en el Poder, los católicos
españoles sabrán impedirlo en
bien de todos los ciudadanos por
que ese es su deber como cristia-
nos y como patriotas honrados.

¡No sucederá aquí lo que en
Francia!

España con la bandera de la
Religión desplegada jamás fué
vencida.

¡Atrás los traidores!

Un Misionero, un Rey y un Revolucionario

Esta historia es verdadera, hasta sus
menores detalles. He encontrado sus
elementos en una obra, desgraciada-
mente agotada, en la cual brillaba la
gran figura del Padre Ludovico de

Casoria, religioso franciscano muerto
en olor de santidad y cuyo proceso de
beatificación se ha instruido en Roma.

El Padre Ludovico, era muy querido
del Rey de Nápoles Fernando II, prín-
cipe justo, enérgico y muy religioso,
detestado de los anarquistas por todos
estos títulos. Sabiendo un día que el
Padre Ludovico marchaba al África,
para dedicarse á la conversión de los
negros, el Rey le ofreció una gran su-
ma de dinero que el buen Padre rehu-
só, prometiendo al Rey que iría á verle
el día mismo de su regreso.

En el muelle de Alejandría el humil-
de franciscano encontró á un revolucio-
nario impenitente, Danielli, condenado
por el tribunal á trabajos forzosos pa-
ra toda su vida, pena que Fernando II
le había conmutado por la de destierro
perpétuo.

Aquel hombre, ciego por el odio y
la desgracia, reconociendo al Padre le
abofeteó brutalmente, gritando: «Lle-
va esto de mi parte á tu amo y amigo
el rey *Bomba...*»

El Padre Ludovico no dijo una pala-
bra y se alejó tranquilamente, como si
no hubiera sentido ni oído nada; con
la gracia de Dios convirtió á gran nú-
mero de negros, y cuando volvió á
Nápoles ocho meses después, se llevó
consigo algunos negritos en quienes
había descubierto excelentes cualida-
des y cierta vocación al sacerdocio.
Llegado á la corte, se presentó inme-
diatamente al Rey con su negro y bu-
llicioso acompañamiento. Fernando II
lo aguardaba con toda su real familia.

El monarca dió un paso hacia él, con
los brazos abiertos para abrazarle. Pe-
ro el Padre, que meditaba hacia ocho
meses la venganza de las bofetadas
de Danielli, cayó á sus pies, exclamando:

—Ante todo, Señor, permitid que os
pida una gracia; la más grande quizá
que tendré que pedir á un hombre so-
bre la tierra.

—¿Qué quieres? ¡Habla!—dijo el
Rey.—Tú ves cuánto te amo. ¿Te he
rehusado jamás nada?

—Señor, lo que tengo que pedir,os,
excede á toda medida, y no osaré for-

mular mi ruego sino me decís: Cual-
quiera que sea la gracia que implores,
te será concedida.

—Pues bien, haré lo que quieras. Te
lo prometo,—y abrazó al Padre Ludovico.

Habla sin temor,—añadió el prín-
cipe conmovido y sonriente á la vez.
Verdaderamente, al ver tu turbación,
diría que ibas á pedirme por lo menos
la mitad de mi reino.

—Es más que todo eso, Señor—dijo
al fin el misionero, sofocado por la
emoción. Lo que os pido es el perdón
de Danielli, desterrado en Egipto hace
algunos años.

—¿Cómo? ¡Danielli!—interrumpió el
Rey, cuya frente se oscureció; ese hom-
bre que ha sido condenado á trabajos
forzados á perpetuidad, cuya pena he
conmutado yo por el destierro, y que
en prueba de agradecimiento no cesa
de tramar conspiraciones contra mí?...
—Es cierto, exclamó al padre.

—Pero qué ha podido hacer Danielli,
continuó Fernando II, para que tú,
hombre de Dios, hayas olvidado lo que
debes á tu Rey, á tu amigo y preten-
das arrancarme por este medio el per-
dón que no hubiera podido obtener
de otro modo?

—Pues bien, Señor, es que yo hu-
milde y miserable quiero haceros prac-
ticar la más hermosa de las virtudes,
el perdón de las injurias.

—¡Está bien!—dijo Fernando II do-
minando la cólera que por un momento
parecía haberse apoderado de su espí-
ritu. No me retracto aun cuando tú me
has engañado. Danielli está perdonado.
Pero ahora quiero que me digas qué
es lo que te ha hecho ese miserable
para que tomes con tanto empeño una
causa tan mala.

Al oír estas palabras, la turbación
del Misionero llegó á su colmo, ¿Cómo
referir el encuentro con Danielli, y las
bofetadas recibidas de éste con el en-
cargo de transmitirlas al Rey. Su hu-
mildad, su respeto á la Majestad real
se lo impedían.

—¡Imposible; señor!—dijo—sabed
únicamente que Danielli me ha prestado
un gran servicio y que mi reconoci-

miento hacia él es tan grande como el que guardaré á vuestra Majestad hasta mi último suspiro.

Fernando II, sospechando algún misterio de virtud heroica, no insistió y dijo sonriendo:

—Será preciso, pues que te perdone á ti también súbdito rebelde, que te niegas á responder á tu Rey! No hablemos más y no retardemos demasado la comida de tus negritos que nos aguardan.

El Rey cumplió su palabra. Al día siguiente dió la orden del perdón de Danieli, en la que hacía constar que éste le había sido concedido por la intervencion personal de Ludovico; orden que fue comunicada á Danieli oficialmente, y encargó al prefecto de policía que le presentara al perdonado tan pronto como volviera de su destierro. Esperaba saber por Danieli lo que el santo religioso le había ocultado. Vuelto de su destierro Danieli, se mostró digno de sus dos bienhechores y echándose á los pies del Rey, lo confesó todo.

Fernando II menos impresionado por la injuria hecha á él mismo, que por la grandeza de alma del Padre Ludovico, levantó al criminal arrepentido, y le dijo:

—Todo está olvidado: el hombre de Dios me ha hecho conocer mi deber de cristiano. Puesto que somos dos los injuriados es preciso que seamos dos para el perdón. El os ha vuelto á vuestra patria, yo os señalo una pensión vitalicia de mi fortuna particular.

El epílogo no es menos interesante que la historia. Danieli al salir del palacio corrió en busca del Padre Ludovico, y habiéndole encontrado en una de las calles de la ciudad, se echó á sus pies cubriéndolos de besos y de lágrimas; el Misionero lo levantó prodigándole las más dulces palabras y estrechándolo contra su corazón. Puede decirse que lo guardó en él siempre.

Desde aquel instante Danieli se decidió á dejar el mundo, y poco después entró como hermano en el convento de Palma, cerca de Nápoles, del cual el Padre Ludovico era el superior; en él vivió entregado á las lágrimas y á las alegrías de la penitencia, bajo la dirección de su muy querido Padre, y murió años más tarde, como un predestinado, santamente.

A. DE SÉGUR.

Distingamos.

I

Trabajaba de cajista.

En fuerza de copiar originales clerófobos, siempre entre los periódicos de mala doctrina, se hizo sectario, amó el mal y aborreció el bien.

Andando el tiempo, empezó su lengua á flexibilizarse, llegando á salir... á discurso por hora.

Sus compañeros le juzgaron incansable charlatán y le nombraron *leader* por unanimidad.

Ya no ganaba sólo como cajista, ganaba también como *orador* y *escritor*, metiéndose en todos los asuntos sin entender palabra, resolviendo en todos los conflictos sin conocerlos; pero se le aplaudía y él hacía su negocio. A medida que más fuerte y con más coraje gritaba: «que el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos sus poros» iba haciendo *bolsón*.

Cuando ya tenía sus buenos miles de pesetas, explotando el filón socialista y anticlerical, aún gritaba: «yo no quiero ser capitalista» y los obreros le aplaudían entusiasmados y escotaban para él.

Ya no es cajista; esto es pobre. Es propietario: eso viste. Tiene casas, no deja en paz á sus inquilinos ni á los obreros que de él dependen.

Pero sigue *aborreciendo* al capital y predicando el amor al obrero.

Fundó un periódico, para la defensa de los *santos* ideales de la explotación á los necios, por los vivos, á costa del socialismo y anticlericalismo, excelentes medios de hacer fortuna en estos tiempos y lograr buenos destinos.

En su *periódico* no pagaba á los obreros y hasta los maltrataba.

Estos, publicaron un folleto contra el hipócrita *leader*.

La *masa* no creyó en el folleto; siguió aplaudiendo y escotando.

Hoy, el defensor del oprimido, es un señorón que viste *chic*, frecuenta cafés, hoteles, teatros, casinos, casas de juego, balnearios, tiene concubinas...

El pueblo aún le cree su salvador, aún le aplaude y le *sostiene* con el sudor de su trabajo.

Bien es cierto que él, todavía, les predica libertad, igualdad, fraternidad, aunque ya no grita *guerra á la propiedad!* porque es propietario; pero si guerra á la Iglesia, á la monarquía y al ejército.

Y por este *salvador*, su pueblo llegó ya hasta el asesinato, al incendio, á la profanación de lo más sagrado, á la violación, á cuanto de malo se le puede ocurrir á una inteligencia extrañada.

Para afianzar más y más la obra *re-entoradora* de estos *amantes* del obrero, los gobiernos secundan descaradamente sus propagandas y les dan la razón en discursos oficiales, y la libertad de obrar, con leyes absurdas y suicidas, decretos de opresión ó expulsión á cuantos traten de interrumpir ó desenmascarar á tales infames, que debieran ser ahorcados.

¡Y les subvencionan como agitadores *necesarios!*

En tanto, el pueblo sigue siendo la víctima.

II

Era admirado en el mundo por su saber, querido por sus bondades, brillaba por sus riquezas.

Nada podía apetecer. Todo lo tenía al alcance de su mano.

Y renunció al mundo, á sus pompas y vanidades.

Su fortuna la entregó á los pobres y se recluyó en un convento ¡para siempre!

Allí hizo, con visibles muestras de alegría, los tres votos exigidos de pobreza, castidad y obediencia.

El, ya no es él, es un religioso, un fraile: eso que el mundo vano desprecia, burla, persigue y, en ocasiones, asesina.

El, ya no se pertenece; pertenece á Dios y al prójimo.

Por amor á Dios, está dispuesto á dar la vida, mil que tuviera.

Por amor al prójimo, la daría también, si con esto le puede proporcionar el bien deseado.

El que antes vivía en medio de todas las comodidades mundanas, vedlo ahora: con humilde sayal, laborando noche y día en obras de caridad.

Al lado del que sufre, no del que goza. Al lado del que llora, no del que ríe, sufriendo y llorando con él.

Consolándole, animándole en las luchas de esta vida.

¡Qué vida de sacrificio la del religioso, la del fraile que el mundo vano desprecia, calumnia, burla, persigue y asesina cuando puede!

¿Qué decís, pobres engañados por los enemigos del religioso? ¿Que el fraile es regalón, que se da la gran vida?

¿Por qué, entonces, vosotros los ansiosos de gran vida, de comodidades y holganzas, no os hacéis frailes?

¿En dónde veis siempre al fraile, al religioso, en los sitios de diversión, ó en los de recogimiento y dolor?

¿No os basta esto, para desengañaros?

¡Qué caminos tan opuestos, los del religioso y el sectario!

Este es un egoísta que se afana, miente, explota, roba y mata si es preciso por adquirir honores y dinero, dinero sobre todo.

El religioso, despreciando honores y fortunas, negándose á sí mismo, se sacrifica por Dios y el prójimo.

No obstante, al sectario, al agitador anticlerical se le consiente y se le agasaja, en tanto que al religioso se le deprime ó se le expulsa.

Jesucristo ha dicho: **El mundo os calumniará y os perseguirá por ser mis discípulos; no temáis. Yo vencí al mundo.**

J. O. F.

¡NON PRAEVALEBUNT!

¿Dónde están los imperios poderosos que llenaron al mundo con su fama y extendieron sus alas de gigante blandiendo invictos su radiante espada, y ostentaron su inmenso poderío por todo cuanto el sol limpio baña? ¿Dónde, dónde las huestes aguerridas, dónde las lides, plazas conquistadas de aquel rey que, embriagado por sus triunfos,

quiso orgulloso que la estirpe humana inclinase su frente y su rodilla

y rendida á sus plantas le adorara?
 ¿Dónde están los soberbios Faraones
 que llenaron al mundo con la fama
 de sus triunfos, dejando su memoria
 en esfinges, pirámides y estatuas?
 ¿Dónde, dónde las huestes belicosas
 y las ciudades y conquistas magnas
 de los Ciro, Daríos y Artajerjes,
 que llevaron triunfantes sus espadas
 desde Gedrosia hasta el Bajo Egipto,
 y desde el Indo hasta la inculca Tracia?
 ¿Dónde están ya las glorias de la Grecia?
 ¿Dónde sus artes? ¿Dónde sus armadas?
 ¿Dónde están sus heroicas ciudades?
 ¿Dónde la sabia Atenas? ¿Dónde Esparta?
 ¿Dónde están las falanges macedónicas
 de lauro en mil batallas coronadas?
 ¿Dónde está la figura de Alejandro,
 el que á pueblos y reyes subyugaba,
 haciendo enmudecer la tierra toda
 con el fragor triunfante de sus armas?
 ¿Qué es lo que queda de la augusta Roma?
 ¿Dónde están ya sus Césares? ¿Sus águilas
 que cruzaron triunfantes por la tierra,
 y triunfantes cruzaron por las aguas,
 sometiendo á su ingente poderío
 las naciones que entonces más brillaban?

.....
 ¡Todo ha pasado como vana sombra,
 como figuras de linterna mágica!
 ¡Ay, que las obras de los hombres caen
 y las conquistas del mortal acaban!

.....
 Mas mirad esa frágil navecilla,
 ha veinte siglos que en los mares anda
 por entre escollos y voraces ondas,
 entre tormentas que furiosas pasan,
 entre las olas que furiosas rugen,
 entre los rayos que vibrando estallan,
 Ella ha visto pasar ante su vista
 y caer desplomándose á sus plantas
 al Imperio romano, cuya gloria
 los ámbitos del mundo él abarcaba;
 y vió venir los bárbaros del Norte
 cual ola gigantesta alborotada,
 que salvando las cumbres de los Alpes,
 inundó á las provincias con sus aguas;
 ella ha visto el nacer de los Estados
 y cómo sus conquistas dilataban;
 y después de gozar de la victorias
 que sus héroes invictos alcanzaran,
 los ha visto caer y derrumbarse
 en el profundo de la misma nada.
 Ante sus plantas desfilar ha visto
 á los anglos é hijos de Germania,
 á los godos, los galos y normandos
 inclinando sus frentes coronadas.
 Y siempre joven y con vida siempre,
 á todo sobreviene en su jornada.
 La han combatido con fiereza ruda,
 la han azotado con inicua saña;
 pero siempre triunfante y siempre bella
 su figura divina se destaca.
 Han surgido violentos vendavales
 que hacían retemblar á las montañas;
 han saltado sus límites los mares
 inundándolo todo con sus aguas;
 han venido profundos terremotos;
 se han abierto del mundo las entrañas,
 amenazando sumergirlas presto
 y en el orbe dejar su faz borrada,
 pero... siempre radiante y candorosa;
 siempre de dulce majestad cercada
 ha triunfado de todos los peligros,
 porque Dios el Señor es quien la guarda.

.....
 ¡Surjan, surjan del polvo de la tierra
 los tiranos feroces con su saña,
 y que juren con sangre de sus venas
 no dejar de sus manos las espadas,
 mientras aliente en el terráqueo globo
 algún hombre de fe y alma cristiana!
 ¡Fragüen, fragüen tormentas pavorosas
 de centellas flamigeras cargadas,
 y que revienten con estruendo horrisono,
 y que tiemble la bóveda estrellada,
 y que crujan los ejes de los mundos
 y se desplomen y deshechos caigan...
 ¿Por ventura las olas de los mares,
 cuando braman con furia alborotadas
 y se arrojan con impetu potente
 sobre la roca en líquidas montañas;
 por ventura en su fuerza gigantea
 de su asiento á la roca desencajan?...

¡Levantad, levantad hoy vuestras frentes;
 empuñad, empuñad vuestras espadas
 Dioclecianos, Nerones y Trajanos,
 y saciad vuestro encono y vuestra saña;
 cubriréis como el mar por un momento
 á esa roca que firme está asentada,
 pero... luego más límpida y hermosa
 la veréis cómo brilla entre las aguas;
 que aunque ruja furiosa la tormenta,
 y en trozos se desgajen las montañas,
 y aunque pierdan los astros su carrera,
 y los mundos se tornen á la nada,
 . . . existirá la Iglesia incommovible
 por la virtud divina sustentada...

JUAN GORRICO RODRÍGUEZ, C. M. F

Entierros Civiles

Los enemigos de nuestra fe, con esa malicia que les infunde el demonio para todo lo malo, vienen frecuentemente en estos tiempos promoviendo manifestaciones antirreligiosas, so pretexto de acompañar al cementerio el cadáver de algún compañero que murió sin Sacramentos, por propia voluntad ó por la de sus *amigos*.

El acto de la conducción de un cadáver es de suyo uno de los más tristes de la vida, ahora que, si ese cadáver va precedido de la Cruz, símbolo de nuestra redención, y acompañado de las oraciones de la Iglesia, entonces cabe en los que van á despedirle á la última morada, en los deudos del finado un consuelo, inestimable por su valor: la esperanza cristiana de volver á ver al ser querido en otra vida mejor, donde todas las obras nuestras alcanzan su merecido. Lloramos sí, cuando aquél que amamos se va de esta vida, pero ¡cómo mitiga nuestro pesar ese *hasta luego*, que le decimos, esa verdad de fe, de que en cuerpo y alma hemos de vernos otra vez y para no separarnos jamás, siendo felices con la vista de Dios!

En cambio, ¡qué horrible separación la de los que no tienen fe! El *¡hasta nunca más!* con que se despiden al morir, pone frío en el corazón, desesperación en el alma. ¡Qué consuelos podremos dar á ese padre, á ese esposo, que ha perdido á su idolatrada hija, á su esposa querida? ¿Consuelos...? ¡Ninguno, si no espera ver más á su hija, á su esposa!

¡Horrible! ¡Horrible! Pero no es esto lo más horrible, sino que como ese *más allá*, que se empeñan algunos en negar, existe con sus premios y castigos, *allá* serán castigados terrible y eternamente los que aquí no quisieron obedecer á Dios.

Impíos, que decís amar á la humanidad, ¿cómo pretendéis arrancarle el consuelo cristiano, el más hermoso de los consuelos, para hacerla vivir siempre desgraciada, creyendo que todo acaba en esta miserable vida?

Ni aún en eso sois positivistas; buscáis la felicidad y cada vez os apartáis más de ella.

Hace muy poco tiempo, presencié por casualidad uno de estos entierros civiles: era el de una joven. Habían los cuatro mozos, que conducían la caja,

puesto ésta en el suelo para descansar y entre tanto, á nadie se le ocurrió más que hablar del tiempo y hasta oí algunas blasfemias. ¡Qué sarcástico me pareció todo aquello!

¡Era un ángel!—dijo uno, y echó á andar la comitiva. ¿Un ángel? Pero, ¿cómo, si blasonáis de no creer en ángeles ni en Dios? ¡Ah, es que á pesar de vuestra incredulidad, *algo* bulle en lo más íntimo de vuestra alma, que no puede prescindir de esa creencia tan racional como justa!

Querido obrero que me lees, ¿crees tú que vas haciendo una buena obra, cuando te asocias á un entierro civil?

Atiende lo que respecto de este particular, dijo en cierta memorable ocasión Mr. Casagnac: «Mi conciencia de católico me prohíbe formalmente seguir un convoy fúnebre, que no pase primero por un templo consagrado. El libre pensamiento ha llegado á ser militante y marcha descaradamente al asalto del cristianismo. Y marchar detrás del ataúd, que no precede el sacerdote, y donde no va enarbolada la cruz sería una capitulación sin excusa.

Yo no la cometeré jamás. Amo á mis hijos todo lo que un padre es capaz de amar. Que me critique quien quiera; pero si muriesen negando su fe y ostentando la negación de Dios, sin vacilar hubiera rehusado acompañarles á su última morada.

J.

Charla

—Aquí le traigo á V. mi compañero de taller que discute más que el Tato, ya verá, V.

—Bien, hombre, bien, me alegro conocerle.

—Caballero, ya me ha enterado detenidamente y con la elocuencia que le distingue mi digno compañero de labor diaria, de la misión que aquí me trae. Sé que venía á contender con quien solo usa armas nobles y esto me animó á tomar parte en el palenque que siento no tenga más extenso auditorio.

—¿Eh, qué tal, D. Juan, vale ó no vale?

—Buen exordio, amigo Arturo, buen exordio.

—Le advierto á V., caballero, que no soy sordo, así que no necesita usted esforzarse en su argumentación.

—Puede empezar cuando guste; usted es el que expone, yo... el que rebatiré como Dios me dé á entender.

—Es mi opinión que la tolerancia de cultos se impone en España para evitar mayores males: porque nuestra intolerancia nos separa del concierto civilizador y además que la historia confirma la necesidad de esta ley y hasta si me apura V. un poco, la utilidad.

¿Qué tiene V. que objetar á estas afirmaciones de la razón, del derecho y de la historia?

—Que habla V. bien, pero que discurre V. mal y que... la historia se le ha olvidado.

—Como hablar habla muy bien, don Juan; todo el día de Dios está dale que dale en el taller.

—Dice usted primeramente que para evitar mayores males; por no repetir prescindo de algunas consideraciones ya expuestas la vez pasada y de las que le supongo á usted enterado por Arturo.

—Sí, señor,

—Pues bien, vamos á otras: que siempre siguen mayores males de no implantar la tolerancia de cultos, es doctrina condenada por Dios ¿cómo hubiera Dios mandado á los príncipes fuesen el terror de los malos y exterminasen los falsos cultos, si de hacerlo se siguieran siempre graves perjuicios?

—¿Quiere usted considerar mi afirmación bajo el aspecto político?

—¿Pero qué bien sabe apretar las clavijas este diablo?

—No hay inconveniente. «En determinadas circunstancias y después de muy pesado el pro y el contra puede el Soberano tolerar lícitamente las religiones falsas y aun la libertad de cultos, como podría ser en el caso de que, habiendo una herejía dividido la nación en dos partes iguales ó casi iguales, viniese á encenderse una guerra fratricida, sin que hubiera otro medio de ponerle fin que acordando la tolerancia ó la libertad de cultos, pero aquí en España donde felizmente la mayoría es católica, hacer tal cosa sería provocar los mayores desastres; la misma razón lo dice. No hay pues eso de evitar mayores males, muy al contrario, la libertad de cultos atraería sobre esta nación, ya bastante quebrantada por libertades sin cuento, más grandes males.

—¿Cuáles?

—El principal de todos la pérdida de muchas almas á causa del continuo trato con los herejes, *una manzana dañada pudre un cesto*, y luego las luchas religiosas, la guerra con todas sus consecuencias, ¿le parece á V. poco?

—¿Acaso teme la Iglesia Católica la competencia, la discusión?

—Nunca las temió, siempre ha sostenido discusiones y siempre ha salido triunfante, pero, como madre amorosa, teme por sus hijos, pues si uno pudiera enfervorizarse con la lucha, diez se volverían indiferentes.

—Felices hijos los que tal Madre tienen.

—¡Desgraciados los que de ella se separan! Y vamos al segundo punto de usted; que nuestra intolerancia nos separa del concierto europeo. ¿No es eso?

—Eso, eso; del concierto europeo.

—A los ojos de un católico no es ningún mal. ¿Cómo nos ha ido desde que de hecho ó de derecho nos hemos puesto á la altura del siglo? ¿Cuánto más nos hubiera valido conservar nuestra unidad religiosa? ¿Cuándo ha sido España más grande y más feliz,

cuando había unidad de fé ó ahora?... contésteme usted á esta pregunta si es que sabe algo de historia.

—Aquellos tiempos eran tiempos obscurantistas.

—Sí ¿eh? pues le advierto á usted que «lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, en letras y artes, fué la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa.»

—Eso lo diría un obispo.

—Está visto que usted ha olvidado la historia, eso lo dijo todo un liberal de tomo y lomo, pero al fin ilustrado.

—¿Quién?

—Don Juan Valera.

—No le conozco.

—No me extraña.

—Siga usted, me resigno á oírle.

—No, no, defienda usted sus ideas, esponga sus dudas, que la verdad quede en su lugar

—En otras naciones muy ilustradas, más que la nuestra, está implantada la libertad de cultos, ¿que me dice usted á esto?

—Veo á dónde dirige V. el tiro. Esas naciones cuya ilustración nada tiene que ver con la libertad de cultos, profesan el error protestante como religión oficial y el error con cualquier otro error se acomoda, no así la verdad que es una, indivisible y que por lo mismo no puede ni debe conceder franquicias á la mentira, pero espere usted; en los Estados Unidos de América los protestantes fueron los primeros en declararse intolerantes y en perseguir cuanto pudieron á los católicos hasta no dejarles celebrar Misa en público; luego en fuerzas de los acontecimientos se han logrado franquicias para la Iglesia.

Aquí tiene V. el ilustradísimo Japón quien, según acaba de referir «El Imparcial», va á celebrar un congreso de religiones á fin de escoger *la que debe ser practicada en aquel país*. Los países ilustrados comprenden que la unidad religiosa es la mejor medida de gobierno, es un bien para los pueblos; decía lord Palmerstón «que se hubiera dejado cortar un brazo porque su patria gozara de la unidad religiosa que poseía España.

Montesquien era de parecer «que la nación que tuviese unidad religiosa, no debía admitir otros cultos, porque la religión, la unidad religiosa, es el más fuerte y pretado vínculo de unidad social.»

¡Ah! no sabe V. bien los males sin cuento que á la sociedad acarrera la división de los ánimos, más profunda y enconada cuando tiene por raíz la diferencia de religiones; por eso toda intolerancia en este punto es poca.

Una chispa fué Arrio en Alejandría, pero por no haberla apagado se vió perdido el orbe entero. Al emperador Carlos I de España pesó, ya tarde, no haber aplicado la pena justa á Lutero

cuando le tuvo entre las manos, conque hubiera impedido males sin cuento.

¿Quiere V. más historia todavía, ya que al principio se atrevió V. á citarla en su apoyo?

Catorce millones de Mártires, sacrificados en la cuna del Cristianismo, prueban hasta qué grado llevaban los romanos la intolerancia. Y cuenta que no era nuevo este sentimiento, puesto que lo vemos brotar ya desde los tiempos muy remotos. *Numa* prohíbe la introducción de otros dioses y ritos particulares. *Tiberio* expulsa á los judos y egipcios, si no dejan su creencia. *Claudio* destierra las deidades extranjeras, y la ley de los decenviros tiene igual objeto. *Cicerón* decía que ni quería, ni leía las obras que se apartaran de la religión. El mismo *Mezenas*, sobre ser tan libre, decía al emperador *Augusto* que los introductores de un nuevo culto abren la puerta á nuevas leyes. de donde nacen las intrigas, las facciones y conspiraciones. *Atenas* es todavía más intolerante si cabe, porque una sola palabra contra la religión es castigada con inflexible rigor. *Pitágoras* se ve envuelto en una terrible acusación. *Aristóteles* huye. *Anaxágoras* es reducido á prisión. *Sócrates* espira apurando la cicuta. En las historias sagradas del Antiguo Testamento tenemos los testimonios mas relevantes de intolerancia, ejecutada, contra Daniel, Eleázaro, Macabeos y demás.

¿Qué se le ocurre replicar á estas enseñanzas de la historia?

—Nada.

—Pues hemos concluido.

BIBLIOGRAFIA

Los seminaristas de Murcia nos han remitido el estado de sus trabajos durante el verano de 1909, en pro de la Buena Prensa y contra la mala, cuyo resumen es como sigue: Suscripciones á periódicos católicos, 254. Bajas á periódicos liberales, 50. Obras piadosas hechas por el mayor éxito de la Cruzada, 4-831. Hojas de propaganda, diarios, revistas, libros, etc. repartidas, 19.717. Diarios, revistas, biblias y hojas protestantes, novelas, etc. recogidas. 661.

Les felicitamos muy de corazón,

EL EXCESIVO NUMERO DE MONJAS

Este es el título del último folleto publicado por la Biblioteca de *La Paz Social*, escrito por el sabio polígrafo R. P. Ramón Ruiz Amado, S. J.

El trabajo del P. Ruiz Amado, que es un estudio social y estadístico verdaderamente primoroso, lleva un extenso prólogo del editor, en el cual se aportan datos sobre el número de religiosos de ambos sexos que hay en España, en comparación con otras naciones y sobre las obras que para la educación y bienestar del pueblo han fundado los religiosos en España.

Este folleto es un arma poderosa para combatir á los que en la *Gaceta* y fuera de la *Gaceta* afirman que en España hay excesivo número de religiosos.

Cuesta veinticinco céntimos ejemplar, en la imprenta de Salas, Zaragoza, y en las librerías católicas. Por mayor se hacen notables rebajas.

IMPRENTA DE L. SANGENÍS
GIJÓN